



GUILLERMO JACOVELLA*

Los factores afectivos y el cambio nacional

En sociedades que han atravesado intensos y numerosos sobresaltos políticos y económicos, no es suficiente asegurar la estabilidad de la moneda y el descenso de la inflación. El cambio de perspectivas en una comunidad requiere apelar a estrategias alternativas y obliga a contar con elementos emocionales y afectivos.

1. Los residuos del pasado. Las andanzas de los argentinos en los últimos cincuenta años nos muestran, hasta fechas recientes, un desacomodamiento progresivo de las fuentes naturales de arraigo y de confianza desde las cuales se vertebran las naciones. Una historia errática y de continuos sobresaltos, hecha con ímpetus efímeros y excluyentes, nos ha precipitado en sucesivas y siempre provisorias urgencias. La crisis económica de los últimos años ha añadido a ese desconcierto rasgos aun más dramáticos. Por otra parte, si bien muchos de los enfrentamientos políticos e ideológicos del pasado se han desvanecido, con ellos se han esfumado también valores y convicciones indispensables para articular los esfuerzos colectivos. La depreciación de nuestra moneda, junto al creciente deterioro de nuestro sistema educativo y de nuestra vida pública, provocaron, inevitablemente, un peligroso cuestionamiento de muchas de nuestras convicciones y estimas. El tejido social de esta Argentina moderna se ha resquebrajado. Esa atmósfera de desconcierto y de provisoriedad, por otra parte, arrastró a nuestra clase dirigente y ha calado hondo en la sociedad argentina.

2. El renacimiento de las naciones. Hanna Arendt, una de las filósofas políticas más lúcidas del siglo, destacaba en su primer estudio sobre San Agustín, la importancia de la idea de "natalidad" en las historias personales y en la historia de las naciones. Toda vida, señalaba, es una sucesión de "biografías", de repetidos "renacimientos", secularizando así el concepto agustiniano. También las naciones se nutren de

esas casi inevitables cadencias en su devenir histórico. Al proyectar su mirada muchos años después, en la última posguerra, sobre su entrañable Alemania, cuyas locuras y extravíos tanto había padecido, volvió a ocuparse de esos dilemas colectivos de su tierra natal. Si bien su "patria" era la lengua alemana, ella estaba cargada de importantes estímulos en su pasado, constituía un torrente todavía vivo en los entresijos subterráneos de la memoria nacional y estaba ahí, disponible, para un nuevo despertar. La tolerancia, la concordia, los tradicionales valores del humanismo clásico alemán configuraban alientos poderosos que el nazismo había tan sólo silenciado y con los cuales era no sólo posible contrastar sus desvaríos sino también, y por sobre todo, ofrecer consistentes bases de confianza y de arraigo para esa nueva historia que debía inaugurarse.

Podríamos agregar, en ese sentido, que toda historia nacional es un relato verosímil, renovadamente reconstruido, de su pasado, una convocatoria a sombras ausentes y presentes, un despliegue incesante de sueños disponibles. De allí que toda historia nacional deba ser escrita y reescrita con las necesidades del tiempo. Cada generación descubre en el pasado nuevos intereses, nuevos interrogantes e incitaciones.

Por otra parte y más allá de las indispensables apelaciones a valores y configuraciones racionales, las naciones son también creaciones. De poetas, historiadores y políticos, que nutren y conforman el inconsciente colectivo, ese "imaginario" intransferible que colorea y singulariza a las comunidades humanas. No se trata tan sólo de idiosincrasias, de sensibilidades condicionadas por la geografía y los itinerarios históricos, sino también de "supuestos" existenciales y valorativos que particularizan a los pueblos y que se expresan en sus más eminentes creaciones, como en los más modestos y extendidos "haceres" multitudinarios y más o menos anónimos. Esos elementos culturales se realimentan naturalmente en climas de libertad y se fortalecen en ámbitos en los que los ánimos son estimulados por una conciencia social renovada. En esta perspectiva, no sólo es importante desbrozar los caminos de obstáculos legales y administrativos que traban el despliegue de los espíritus emprendedores y el logro de una indispensable y no menos significativa estabilidad, que ofrezca un marco de referencia

sosegado y previsible para todos los afanes colectivos. También es relevante el que se afiance el aprecio de la sociedad hacia los empeños individuales y recuperar un indispensable sentimiento de autoestima nacional. La nación no sólo es un marco de normas dentro de unas fronteras. Es una fuente emocional insoslayable, el gran hogar de una comunidad humana, el ámbito de certidumbres y aspiraciones desde el que cada uno despliega sus particulares empeños. No existe nación ni proyecto colectivo esperanzado sin esa noción de pertenencia.

El renombrado economista de Harvard, Michael Porter, en su obra sobre la "ventaja competitiva de las naciones" destaca la importancia de que cada país atienda a sus singularidades culturales. "Las diferencias nacionales", dice Porter, "están en el corazón del éxito competitivo", y agrega que "las naciones prosperan en sectores que se nutren más abundantemente de los elementos peculiares de sus historias y caracteres".

Si esto es cierto para la economía, es mucho más evidente en el campo de la cultura, de la educación y en el de los más variados empeños individuales. La instauración de un nuevo ánimo en un país implica extender la confianza individual y colectiva en todos los quehaceres e iniciativas. El espíritu emprendedor y de innovación no puede limitarse, por otra parte, a las áreas estrictamente económicas. Por el contrario, en las naciones que prosperan, ese aliento inunda el "ánimo colectivo", de modo tal que los más diferentes empeños, científicos, artísticos, políticos, deportivos, profesionales, educativos, económicos, se nutren de una común e incitante nueva visión de confianza. La experiencia de las más exitosas naciones en nuestro siglo nos muestra con claridad, asimismo, que son más bien las tareas no económicas, lo que llamaríamos quehaceres "alternativos", las que poseen mayor dinamismo para la creación de esas nuevas atmósferas sociales. Esto es significativo no sólo porque no se puede esperar que la mayoría de la población se transforme en empresaria, sino también porque el espíritu emprendedor y creativo, confiante en suma, se deriva de valores y aspiraciones fundamentalmente no económicos.